

KATRINE ENGBERG

**EL  
JUEGO  
DE LA  
MARIPOSA**

*Traducción:*

MARTA ARMENGOL ROYO



MAEVA | NOIR

SÁBADO,  
14 DE OCTUBRE

# Prólogo

LAS AMPOLLAS DE cristal transparente se guardaban en el armario cerrado, junto con agujas y jeringuillas desechables. Morfina y oxicontina para el dolor intenso; propafenona para la fibrilación auricular, y el anticoagulante Pradaxa estaban cuidadosamente envasados en cartón y plástico transparente. Eran medicinas habituales en la planta de cardiología del hospital Riget para aliviar el padecimiento y mejorar la calidad de vida, a veces incluso para curar.

La enfermera echó un vistazo furtivo a los medicamentos e hizo un rápido cálculo mental. ¿Cuánto debía de pesar? El peso de los pacientes constaba en la ficha informativa colgada en el cabezal de su cama, pero no se atrevía a entrar para averiguarlo.

La noche se le había hecho eterna. Justo antes de que terminara su turno le habían comunicado que había una compañera de baja por enfermedad, así que le había tocado doblar. En lugar de pasar la noche con su familia, llevaba casi dieciséis horas trabajando. En su cerebro resonaban las alarmas, las exigencias y las preguntas de los pacientes nerviosos. Le dolían los pies dentro de los zapatos ergonómicos y tenía el cuello más tieso que la erección de un novio en su noche de bodas.

Bostezó, se frotó los ojos y se enfrentó a su reflejo en la puerta lisa y metálica del armario. Ninguna mujer de treinta y dos años debería tener esas bolsas crónicas debajo de los ojos. El trabajo iba a acabar con ella. Solo faltaba una hora para que terminara

su turno y pudiera irse a casa a dormir mientras su familia se levantaba y desayunaba cereales con chocolate delante de la tele.

Sacó tres ampollas, se las puso en el bolsillo de la bata y volvió a cerrar el armario. Tres dosis de diez mililitros de ajmalina en una concentración de cincuenta miligramos por mililitro serían más que suficiente. El paciente no podía pesar mucho más de setenta kilos, cosa que significaba que treinta mililitros de aquel relajante cardíaco equivalían a más del doble de la dosis máxima recomendada. Lo bastante para provocar una parada cardíaca aguda y liberarlo de su sufrimiento. «Y a todos nosotros también», pensó mientras enfilaba el pasillo, vacío a primera hora de la mañana, hacia la habitación ocho.

Aquel anciano era un pesado, no paraba de decir palabrotas y se quejaba por todo, desde el terrible café del hospital hasta la arrogancia de los médicos. Toda la planta estaba harta de sus malos modos.

Ella siempre había sido de esa clase de personas que alzan la voz y pasan a la acción. No era una actitud que le granjeara muchos admiradores, pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Actuar con pasividad y quejarse de las normativas inadecuadas y de la falta de camas, igual que sus compañeros? ¡Ni hablar! No se había hecho enfermera para llevar cafés y vendar arañazos. Ella quería cambiar las cosas.

La mujer de la limpieza, con la cabeza cubierta por un pañuelo, empujaba su carro lleno de cubos y trapos por el pasillo sin levantar la mirada del suelo de linóleo. La enfermera pasó junto a ella con las ampollas bien agarradas. El corazón empezó a latirle más deprisa. Dentro de poco pasaría a la acción, alcanzaría su pleno potencial para intentar salvar una vida. La expectativa empezaba a expandirse dentro de ella como un latido cuyo pulso vital respondiera al vacío que solía llenarla. En ese momento, ella era indispensable. Había mucho en juego, algo grande reposaba sobre sus hombros. En ese momento, era Dios.

Abrió la puerta del baño de personal, se echó desinfectante en las manos, limpió el lavabo y luego colocó las ampollas de ajmalina cuidadosamente una junto a la otra. Con dedos experimentados, liberó una jeringuilla de su envase y la llenó con el medicamento, tras lo cual le dio unos golpecitos rutinarios para asegurarse de que no contenía aire. Con el envase hizo una bolita que escondió en el fondo de la papelera antes de volver a abrir la puerta con la jeringa en el bolsillo de la bata.

Antes de entrar en la habitación ocho echó un discreto vistazo por el pasillo. No vio a ningún compañero ni a ningún paciente con ganas de ir al baño. Abrió la puerta y se adentró en la oscuridad. Un leve ronquido procedente de la cama le confirmó que el paciente dormía. Faltaba poco para que pudiera descansar eternamente.

Se acercó y contempló al anciano, tumbado boca arriba con la boca entreabierta. Gris, huesudo y marchito. Una pequeña burbuja de saliva le colgaba del labio y sus pestañas temblaban débilmente. ¿Había algo en el mundo más innecesario que un viejo amargado?

Desenroscó la tapa del catéter que le adornaba la ajada muñeca y se sacó la jeringuilla del bolsillo. Acceso directo a la vena que iba al corazón, una puerta abierta para el largo dedo de Dios.

Lo bueno de la ajmalina era que actuaba muy deprisa; el corazón se detendría casi al instante. Introdujo la jeringuilla en el catéter, consciente de que apenas tendría tiempo de esconderla antes de que saltaran las alarmas de los monitores.

El paciente se removió débilmente sin despertarse. Ella le dio unas suaves palmaditas en la mano. Y entonces empujó el émbolo de la jeringuilla hasta el fondo.

LUNES,  
9 DE OCTUBRE

SEIS DÍAS ANTES

# 1

—¡TÍPICO!

Frederik se secó el sudor de la frente y se echó la gorra hacia atrás. Se puso la capucha del impermeable, se aseguró de llevar las alforjas cerradas y empezó a pedalear. Siempre le costaba levantarse de la cama cuando sonaba el despertador a las 5.15, pero algunas mañanas eran peores que otras. Ese día, el aguacero hacía difícil recordar por qué había aceptado hacer la ruta de reparto del periódico. Seis días a la semana, quince inmuebles del centro de Copenhague, seiscientos veinte escalones para subir y bajar. Por desgracia, era la única forma de pagar el viaje de estudios de segundo, que no quería perderse por nada del mundo.

La central de reparto desapareció a su espalda en la oscuridad mientras se alejaba por la calle adoquinada. Desde su bolsillo, el teléfono lanzaba música a sus oídos y le daba energías renovadas. «I got my black shirt on, I got my black gloves on.» A pesar de todo, molaba bastante tener la calle comercial más transitada de la ciudad para él solo. Se puso de pie sobre los pedales y se lanzó por la calle Strøget hasta que las plazas Gammeltorv y Nytorv se abrieron ante él. Pasaba de largo bloques de pisos primorosamente enyesados, con ventanas antiguas y canalones de cobre por los que gorgoteaba el agua de las lluvias otoñales. Los edificios estaban rodeados de árboles raquíticos y de los bancos típicos de Copenhague, con basura embutida entre

los tablones, de color verde oscuro. Las columnas de color arena de los juzgados relumbraban en la penumbra matinal como si clamaran su moralidad sobre las tabernas subterráneas de la plaza. De día, aquello era un hervidero de tiendas de alquiler de bicicletas, turistas y vendedores de bisutería de níquel de veinticuatro quilates, pero a aquella hora estaba totalmente vacío.

Frederik se bajó de la bicicleta de un salto y la apoyó en la fuente que había en el centro de la plaza. Se quitó los cascos y se aseguró de que la moneda que llevaba para comprarse un bollo de canela seguía a buen recaudo en el bolsillo de su abrigo. Echó un vistazo al espejo de agua de la fuente, que ondulaba en la oscuridad bajo las gotas de lluvia.

En el agua había algo.

Siempre solía haber cosas. Los servicios de limpieza retiraban casi a diario latas de cerveza, bolsas de plástico y zapatos inexplicablemente desaparecidos.

Pero aquello no era un zapato.

Frederik trastabilló y se alejó instintivamente. A tres metros de distancia, en la fuente más antigua de Copenhague, flotaba una persona boca abajo con los brazos abiertos. La lluvia repiqueteaba con inocencia sobre la espalda desnuda. Las gotas rebotaban como cientos de diminutas fuentes.

Durante un instante, Frederik fue incapaz de moverse. Estaba paralizado, como en las pesadillas de las que a veces despertaba apesadumbrado por haberse vuelto demasiado mayor para el consuelo de su madre.

Entonces se puso a gritar incoherentemente:

—¡Ayuda! ¡Eh, hay alguien en el agua!

Sabía que debería meterse en la fuente y dar la vuelta al cuerpo, practicarle primeros auxilios, hacer algo. Pero la orina caliente que le caía por el muslo dejaba bien claro que en esos momentos no estaba en condiciones de ayudar a nadie.

Frederik por fin se atrevió a mirar el cuerpo que flotaba en el agua. Esta vez comprendió lo que estaba viendo. Nunca había visto un cadáver.

Con las piernas temblorosas, corrió hacia la tienda veinticuatro horas. Las puertas automáticas se abrieron y el olor a canela y mantequilla le salió al encuentro al mismo tiempo que la dependienta de pelo claro que tarareaba despreocupadamente. El agua de la visera de la gorra le cayó en los ojos y Frederik se secó agua dulce y salada.

—¡Socorro, joder! ¡Llama a la policía!

La dependienta lo miró con los ojos muy abiertos. Entonces dejó caer la bandeja de rollos de canela y echó mano de su teléfono.

UNA LLUVIA TORRENCIAL desdibujaba los tejados y las siluetas de los edificios de Copenhague. El cielo descargaba cascadas antinaturales sobre los adoquines y los paraguas de la plaza Gammeltorv.

El inspector de policía Jeppe Kørner entornó los ojos y se atrevió a mirar hacia arriba. El aguacero no daba muestras de arrear. Quizá fuera una señal de que el mundo se desintegraba, de los océanos reclamando los últimos vestigios de tierra firme. Se secó la cara con una mano aún más mojada, reprimió un bostezo y se agachó para pasar por debajo del cordón policial. El agua se le colaba entre las costuras de las botas de goma, que rezumaban a cada paso.

Entre las cortinas de agua vio siluetas cubiertas de plástico que se afanaban alrededor de la fuente levantando carpas del tipo que uno alquila cuando organiza una fiesta en el jardín con la esperanza de no necesitarla. Jeppe corrió a refugiarse bajo la tienda más cercana y echó un vistazo a su reloj. Marcaba poco más de las siete, el sol iba alzándose en la bóveda celeste.

Aunque aquello tampoco cambiaba mucho las cosas, porque la luz del día no pasaría de una escala de grises.

En el agua de la fuente, un cuerpo desnudo reflejaba la luz de las linternas de los técnicos forenses. Jeppe observó la escena mientras se ponía un mono de protección sobre la ropa mojada. El cadáver flotaba bocabajo como un buceador en el mar Rojo. Un cuerpo de mujer, dedujo por la anchura de los hombros y la curvatura de la espalda, desnudo, de mediana edad. Su pelo oscuro empapado y con algunas canas dejaba entrever el cuero cabelludo.

—¿Sabías que esta fuente se llama El pozo de Caritas?

Jeppe se dio media vuelta y se encontró con el investigador de la Policía Científica J. H. Clausen. La capucha de un mono protector azul le enmarcaba la cara surcada de arrugas haciéndole parecer un pequeño *boy scout* disfrazado con un traje de astronauta de talla adulta.

—Te alegrará saber que la respuesta es no, Clausen. No lo sabía.

—Caritas significa «misericordia» en latín. Por eso la estatua en lo alto de la fuente es una mujer embarazada. El símbolo de amor al prójimo, ya sabes. —Clausen se secó la lluvia de las cejas hirsutas y le tendió la mano.

—Más que la estatua, lo que me interesa es saber por qué hay un cadáver flotando en la fuente. —Jeppe señaló el agua con la cabeza—. ¿Qué tenemos aquí?

Clausen miró a su alrededor en busca de un paraguas; encontró uno apoyado en un poste de la carpa. Lo abrió y dio un paso dubitativo hacia la intemperie.

—Qué tiempo de mierda, así no se puede trabajar. ¡Ven!

Jeppe tenía que caminar agachado para que su estatura considerable pudiera refugiarse bajo el paraguas que sostenía Clausen, mucho más bajo que él. Se detuvieron junto al borde de piedra de la fuente para contemplar el cuerpo. Las gotas de lluvia

resbalaban por la piel blanca y desnuda, dándole el aspecto de una estatua de mármol, que el fotógrafo policial intentaba retratar desde el ángulo más útil mientras protegía su cámara de la lluvia.

—Está claro que los peritos forenses tienen que sacarla del agua y hacerle la autopsia para que podamos saber más sobre ella. Pero se trata de una mujer, caucásica, estatura media, y yo diría que ronda la cincuentena. —Un soplo de aire empujó el cadáver, cuya cabeza chocó suavemente con el borde de piedra—. Un repartidor de periódicos la encontró sobre las 5.40. La llamada a la central de emergencias se realizó desde la tienda de la esquina dos minutos después. Se hizo un intento de reanimación como marca el protocolo. No sé por qué aún no la han sacado del agua. El repartidor y la dependienta de la tienda están dentro con un agente, esperando a que los interroguen. La dependienta abrió a las cinco y asegura que en ese momento no había nadie en la fuente, de modo que el asesinato pudo tener lugar entre las cinco y las 5.40 de la mañana.

—¿Quieres decir que esta es la escena del crimen? —Jeppe se retiró la capucha para tener una visión más amplia de la plaza—. ¿Que la mataron aquí, en medio de Strøget?

Clausen se giró hacia Jeppe, inclinó el paraguas y lo dejó expuesto a la lluvia. El pelo se le empapó al instante.

—¡Mecachis, Kørner, lo siento! ¿Te has mojado? A ver, me estoy explicando muy mal. Es improbable que la mataran aquí. Por varios motivos.

—Sería demasiado arriesgado... —Jeppe intentó hacer caso omiso de las gotas de agua que le resbalaban por el cuello y se le colaban bajo el impermeable.

—Sí, el riesgo de que apareciera alguien es grande. Solo el hecho de que se hayan atrevido a arrojar un cadáver a la fuente de Gammeltorv... vaya, es algo que me supera. —Clausen sacudió la cabeza con perplejidad—. Pero esa no es la única razón.

¿Ves los cortes que tiene en el antebrazo? Están tocando el agua, son difíciles de observar.

Jeppe entornó los ojos e intentó ver con claridad entre tanta lluvia. El cadáver de la fuente tenía cortes en la muñeca, estrechos y paralelos, que dibujaban un patrón simétrico. Heridas abiertas sobre la carne blanca. A Jeppe le vino a la cabeza la imagen de una ballena varada en una playa, y su inquietud aumentó.

—¿No hay sangre en el agua?

—¡Exacto! —Clausen asintió—. Debe de haber sangrado una barbaridad, pero no hay ni rastro de sangre, ni en el agua ni alrededor de la fuente. Aunque llueva, si hubiera habido sangre, algo habríamos encontrado. La mataron en otro sitio.

Jeppe miró hacia las fachadas antiguas que había a su alrededor.

—Esto está lleno de cámaras de vigilancia, alguna habrá pillado algo. Si el asesino arrojó el cuerpo a la fuente, habrá quedado grabado.

—¿Y qué otra posibilidad hay? —Clausen parecía irritado—. No se hizo los cortes ella sola y se metió en la fuente de un salto, eso te lo puedo asegurar.

—¿Con qué se los hicieron? Los cortes, quiero decir.

—Eso todavía no puedo asegurarlo. Antes tendrá que verla Nyboe en el laboratorio. —Clausen se refería al médico forense que solía encargarse de las autopsias en los casos importantes de asesinato—. Pero, en cualquier caso, el arma del crimen no está en la plaza. Los perros llevan media hora corriendo de acá para allá y no han encontrado nada. Tampoco hay ningún rastro de la ropa de la fallecida.

Jeppe notó un zumbido en el bolsillo. Se secó las manos en los pantalones y sacó con cuidado el teléfono móvil. Vio «Mamá» en la pantalla y rechazó la llamada. ¿Qué querría ahora?

—En otras palabras, ¿alguien ha arrastrado un cadáver hasta aquí y lo ha arrojado a la fuente a primera hora de la mañana?

—Eso parece, sí. —Clausen esbozó una mueca de disculpa, como si se sintiera en parte responsable de aquella situación absurda.

—¿A quién se le ocurriría hacer algo así?

Jeppe se secó el agua del cogote y se frotó los ojos irritados. Había dormido poco y, encima, mal. Un asesinato no era precisamente lo que había esperado al levantarse.

«It's raining again. Too bad I'm losing a friend.»

Sin poder quitarse de la cabeza aquella canción irritante de Supertramp, el inspector se sintió exasperado por ser incapaz de elegir la música que lo machacaba cuando estaba cansado y estresado. Solían ser fragmentos de temas pop comerciales que se reproducían sin cesar en su mente. «It's raining again. Oh no, my love's at an end.» Se volvió a poner la capucha y se dirigió a la tienda donde esperaba el repartidor de periódicos.

LOS GRITOS ERAN insoportables. Un lamento desconsolado e incesante que resonaba a la misma frecuencia que el miedo a morir y el torno del dentista. El peor sonido del mundo, en definitiva.

La detective Anette Werner se dio la vuelta y cerró los ojos con fuerza. Svend estaba con el bebé para que ella pudiera recuperar algo del sueño que se le había negado durante la noche. Se tapó la cabeza con la almohada para bloquear el llanto y el mundo entero. Intentó pensar en una sola cosa que no daría a cambio de dormir una noche del tirón, pero no se le ocurrió nada.

Los sollozos se mezclaban con la voz tranquilizadora de Svend en la habitación de al lado. Ojalá se hubiera acordado de cerrar la puerta. ¿Y si se levantaba y lo hacía ella misma? Ya

puestos, tenía que hacer pis. Antes del uno de agosto, el día que nació su hija, hubiera ignorado la vejiga llena y hubiera seguido durmiendo tranquilamente, pero a esas alturas había perdido toda la confianza en la capacidad de aguante de su cuerpo gruñón y cuarentón.

Anette se incorporó pesadamente y sacó los pies de la cama. ¿Cuándo desaparecería aquella sensación permanente de resaca y *jet lag*?

Se levantó despacio y notó que cada parte de su cuerpo cedía ante la pesadez de un esqueleto que ya no tenía el apoyo de la que había sido una sólida musculatura. Le dolían los pechos. Miró hacia abajo y descubrió que, una vez más, había olvidado descalzarse antes de meterse en la cama. Entonces se arrastró como un zombi sobre la alfombra, pasó de largo el cuarto del bebé y se metió en el baño. ¿Cómo podía Svend mantenerse tan calmado y optimista? Cerró la puerta y se miró al espejo. «Parezco una muerta viviente —pensó mientras se sentaba en la taza—. Ojalá estuviera muerta.»

Había pensado lo mismo cuando descubrió que estaba embarazada hacía poco más de un año. Anette y Svend no pensaban tener hijos, habían llegado hacía tiempo a la conclusión de que los niños no eran para ellos. Preferían seguir siendo los mejores padres de perros del mundo. Alrededor del cuarenta cumpleaños de Anette dejaron de hablar del tema por completo. Paradójicamente, tal vez fuera precisamente por eso por lo que se habían vuelto descuidados con la protección; pensar que el sexo pudiera llevarlos a la paternidad era algo que habían descartado por completo. Anette pasó muchas semanas convencida de que estaba enferma, de que había heredado el corazón débil de su padre y de que su pulso descontrolado pedía a gritos una operación de baipás o un marcapasos. Los resultados de la analítica que le mandó el médico fueron un alivio. Y, después, una desagradable sorpresa.

«Ojalá estuviera muerta.»

Aparte de eso, todo había salido estupendamente. No se lo esperaba, pero Svend se había alegrado mucho con la noticia y no le había brindado otra cosa que apoyo y solidaridad a lo largo de todo el proceso. Había tenido un embarazo de manual: la medición del pliegue nucal dio un riesgo bajísimo, y el parto fue rápido y sin incidencias. Había desafiado todas las probabilidades y roto todos los récords imaginables para un primer embarazo pasados los cuarenta. Pero en cuanto aquella niña, tan inocente y pequeñita, aterrizó en sus brazos y se enganchó al pecho de inmediato, Anette no sintió nada. La conexión que se suponía que debía llegar instintivamente le resultaba forzada. Le costaba sentir amor maternal.

Sin embargo, a su marido le pasaba todo lo contrario.

En los últimos dos meses y medio, su amor por aquella humana diminuta recién llegada al mundo no había hecho más que crecer. ¡La luz en su mirada cuando la cogía en brazos! Una mirada que relucía de orgullo. Se desenvolvía en la paternidad como pez en el agua, y después de unas semanas ya era mejor padre que muchos otros. Ella lo intentaba, de verdad que hacía un esfuerzo. Si no estuviera siempre tan cansada... Apoyó los codos en los muslos, se inclinó hacia delante y escondió la cara entre las manos.

—¿Duermes, cariño?

Anette levantó la cabeza con un movimiento brusco que le tensó el cuello y le hizo temerse un dolor de cabeza inminente. La voz de Svend llegaba del otro lado de la puerta del baño, como si estuviera justo delante.

—Estoy meando. ¿No puedes esperar ni dos minutos?

No se le escapó el tono de irritación en su voz, un tono desagradable del que había sido testigo en otras mujeres y que ella misma, que raramente lo había empleado hasta entonces, ya no

podía dejar de utilizar. Se puso de pie, se lavó las manos y abrió la puerta.

—Tiene hambre. Por eso no se duerme. ¡Mira! Va buscando con la boquita. —Svend levantó a su hija con ternura y le dio un beso antes de pasársela a Anette.

Ella alargó los brazos y sintió el espasmo habitual ante el miedo de dejar caer al bebé al suelo. «Los que creen que tener perros es comparable a tener hijos no tienen ni idea», pensó, aunque hasta hacía poco ella misma compartía esa opinión. Contempló al bebé, que lloraba en sus brazos.

—Echo de menos a los chicos. ¿Cuándo iremos a por ellos?  
Svend la miró con aire preocupado.

—Los perros están fenomenal, pueden quedarse tranquilamente en casa de mi madre un par de semanas más. Salen a pasear por el pantano tres veces al día. Ahora lo más importante es nuestra pequeña Gudrun.

—¡Deja de llamarla así! Aún no hemos decidido el nombre.\*  
—Anette se apartó de su marido con tanta brusquedad que lo obligó a pegarse a la pared del estrecho pasillo del baño.

—Pensaba que estábamos de acuerdo en que íbamos a llamarla Gudrun.

Anette puso rumbo hacia la puerta principal.

—Me voy al coche a darle el pecho. Y ni se te ocurra decirme nada, estoy mucho más a gusto fuera. —Cerró la puerta dando el portazo más fuerte que pudo permitirse con el bebé en brazos. Corrió bajo la lluvia hasta el garaje y abrió la puerta del coche. El bebé dejó de llorar, tal vez al notar el repiqueteo de la lluvia en la cara.

El coche tenía un olor familiar y seguro, a trabajo y a perro. Se sentó, se levantó la camiseta y se acercó a su hija al pecho

---

\* En Dinamarca, el plazo para ponerle nombre a un bebé se alarga hasta los seis meses desde su nacimiento y suele coincidir con el bautizo, por lo que lo más común suele ser elegir el nombre después del nacimiento. (*N. de la T.*)

inflamado. La pequeña se enganchó y empezó a mamar con ganas, calmándose al fin. Anette exhaló profundamente e intentó sacudirse aquella sensación de estrés permanente del cuerpo. Recogió con el dedo una gota de lluvia de la frente del bebé y le acarició la coronilla blandita. Cuando estaba así, quieta y tranquila, era todo muy agradable, la verdad. El llanto y las noches de pesadilla, en cambio, eran más difíciles de gestionar. Además de la baja por maternidad, claro. Echaba de menos su trabajo.

Miró hacia la casa. Seguro que Svend se había puesto a pasar la aspiradora o a ordenar. Con un gesto raudo, abrió la guantera y sacó la radio policial. Debería haberla dejado cargando en comisaría, pero no llegó a devolverla antes de dar a luz. Era solo cuestión de tiempo que en la central descubrieran la ausencia de la radio y se la desactivaran, pero ansiaba poder escucharla mientras pudiera. Se aseguró de que el volumen estuviera bajo para no sobresaltar al bebé y la encendió. Aquel ruido blanco tan familiar le provocó un cosquilleo en la boca del estómago.

«... y necesitamos refuerzos para el cadáver hallado en Gammeltorv, Copenhague. Hay que trasladarlo al Instituto Anatómico Forense, donde se le practicará la autopsia. Los accesos a Fredriksberggade, Gammeltorv y Nytorv permanecerán cerrados hasta que los técnicos forenses del distrito Este terminen de recoger pruebas e indicios...»

¿Un cadáver en la plaza Gammeltorv? Eso quería decir que sus compañeros de la comisaría central estarían allí investigando. De repente, Anette hizo una mueca de dolor. ¿Cómo era posible que algo tan natural como dar el pecho fuera tan doloroso?

«... tendremos grabaciones de todas las cámaras de seguridad de la zona. Un equipo de investigación de la central, liderado por el inspector Kørner, se encargará de esta...»

El inspector Jeppe Kørner, de la sección uno del departamento de Crímenes contra la Vida, más conocido como Homicidios. Su compañero.

Kørner sin Werner. Werner sin su trabajo.

Anette apagó la radio.

—¿SABE ALGUIEN DÓNDE se ha metido Saidani? —preguntó Jeppe como si nada mientras jugueteaba con el cable del ordenador, de espaldas a sus compañeros. En principio, él era el más indicado para estar al corriente del paradero de la inspectora Sara Saidani, dado que había pasado la mayor parte de la noche en su cama, pero aquello era, según habían acordado, un dato que, por el momento, no concernía al resto del equipo de Homicidios.

—¿A lo mejor se le ha puesto la niña enferma? ¿Con varicela? ¿O peste bubónica? Sus hijas siempre están pillando cosas que le impiden venir a trabajar. —El detective Thomas Larsen encestó en la papelera la taza de cartón de la que acababa de dar el último sorbo de café de especialidad. Larsen no tenía hijos ni intención de comprender a quienes sí los tenían y se preocupaba por dejar muy clara a sus compañeros su postura al respecto.

Jeppe echó un vistazo al reloj que colgaba sobre la puerta. Marcaba las 10.05.

—Pues empezaremos sin ella. —Comprobó que había accedido correctamente al sistema informático y ajustó el brillo de la imagen proyectada sobre la pantalla de la sala de reuniones, tras lo cual se volvió y saludó con un ligero movimiento de la cabeza a los doce compañeros que esperaban que empezara, con cuadernos de notas en el regazo y miradas despiertas. No todos los días aparecía una mujer muerta en una fuente del centro de la ciudad.

—¡Bien! Vamos al grano: llega una llamada a la central a las 5.42, y el primer coche patrulla se presenta en la escena seis

minutos más tarde. El médico de guardia certifica la muerte a las 6.15. —Jeppe se cruzó de brazos—. La patrulla determinó de inmediato que se trataba de una muerte sospechosa y nos llamó a nosotros.

La puerta de la sala de reuniones se abrió sigilosamente y Sara Saidani entró con discreción para sentarse en una silla junto a la pared. Sus rizos morenos relucían, empapados de agua de lluvia, y tenía la mirada atenta.

Jeppe reconoció la sensación de alerta que siempre experimentaba cuando ella estaba cerca.

Ella.

Sara Saidani, su compañera de la unidad de investigación, madre de dos hijas, divorciada, de raíces tunecinas y la piel de color chocolate con leche.

—Bienvenida, Saidani. —Jeppe bajó la mirada para leer sus notas, aunque sabía perfectamente lo que decían—. La víctima ya ha sido identificada: Bettina Holte, auxiliar sociosanitaria, cincuenta y cuatro años, vecina de Husum. Ayer se denunció su desaparición y su fotografía se registró en el POLSAS —se refería al archivo interno de información de la policía, donde se almacenaban datos sobre los casos tanto en curso como cerrados. Parecía un sistema inteligente y efectivo, sin embargo, era todo lo contrario—, pero su identidad aún no está confirmada. La familia está de camino a la morgue, así que pronto lo sabremos. El cadáver se encontró desnudo y boca abajo, como podéis ver en esta imagen.

Jeppe señaló una foto pixelada, pulsó una tecla y la imagen cambió para mostrar el primer plano de un cuerpo blanco en el agua negra.

—Según los testigos, a las 5.00 el cadáver aún no estaba en la fuente, y por eso suponemos que lo depositaron allí entre las 5.00 y las 5.40. Necesitamos las grabaciones de las cámaras de seguridad...

—¿Kørner?

—Dime, Saidani.

—Me he tomado la libertad de pedir las grabaciones de las cámaras de seguridad municipales de Gammeltorv y revisarlas. Por eso he llegado tarde. —Sara Saidani enarboló el USB que sostenía entre el índice y el pulgar—. Las imágenes de la cámara de la tienda son buenas. ¡Avanza hasta las 5.17!

Jeppe tomó el USB que ella le ofrecía con un ademán de reconocimiento, abrió el archivo y buscó la escena en cuestión. Sobre la pantalla apareció una imagen acelerada de la plaza, sin más movimiento que una bicicleta volcada por el viento. Al llegar a las 5.16, Jeppe reprodujo la grabación a velocidad normal. Un minuto después, una sombra apareció en la parte superior de la imagen.

—Viene de Studiestræde en dirección a la fuente —exclamó Larsen ansioso—. Pero ¿en qué demonios va montado?

—Va montado o montada en una bicicleta de carga. ¡Se ve perfectamente! —saltó Sara con irritación, señalando la pantalla.

La sombra oscura se acercó a la fuente y quedó iluminada por las farolas de la Frederiksberggade. Iba, era cierto, en una bicicleta de carga, y vestía un poncho de lluvia oscuro con la capucha puesta. Era imposible determinar si era un hombre o una mujer, ni siquiera si se trataba de un ser humano. La bicicleta se detuvo junto a la fuente y la sombra se apeó.

—Se baja de la bici como un hombre, pasando la pierna por encima del sillín. —Larsen se levantó para escenificar lo que quería decir.

Sara reaccionó con rapidez.

—Yo también me bajo así, eso no significa nada. Fijaos en el cajón...

La sombra del poncho retiró una lona o un plástico negro del alargado cajón de carga y el cadáver resplandeció en la oscuridad. La sombra lo agarró en brazos rápidamente y, sin ningún

esfuerzo aparente, lo arrojó sobre el borde de piedra. Una vez que el cadáver cayó al agua, la sombra se quedó quieta.

Jeppe contó dos segundos, tres, cuatro, cinco...

—¿Qué hace ahí parado?

—Se regodea —sugirió Larsen—. O se despide.

Tras siete largos segundos, la silueta oscura volvió a montar en la bicicleta de carga y se alejó de la fuente en la misma dirección por la que había llegado.

Jeppe aguardó unos instantes para asegurarse de que no había nada más que ver y detuvo la grabación. Un asesino que iba en bici de carga, ¡eso sí que era algo típicamente danés! Suspiró cansado.

—Saidani, haz el favor de mandar las grabaciones de las cámaras de vigilancia a nuestros amigos del departamento forense. Y pídeles que comprueben el resto de las cámaras de la zona, tal vez nos ayuden a determinar por dónde llegó el asesino. Deberíamos poder seguir su recorrido por toda la ciudad.

Los ojos castaños de Sara se clavaron en los suyos desde la segunda fila de sillas. Parecía contenta, en su cara había una expresión entusiasmada. ¿O sería enamorada? Jeppe, incapaz de interpretar aquella mirada, bajó la suya porque estaba a punto de escapársele una sonrisa de lo más inapropiada.

—Como siempre, partiremos del cómo, el por qué y el quién. Falck y yo trabajaremos juntos. Saidani, tú puedes ir con Larsen.

Larsen alzó los brazos en un gesto triunfal y Jeppe sintió un atisbo de celos por haber emparejado a aquel imbécil con Sara. Pero era imposible hacerlo de otra manera, no podían arriesgarse a dar que hablar.

—Falck y yo asistiremos a la autopsia y hablaremos con la familia de Bettina Holte. Eso suponiendo que realmente se trate de ella. Saidani, como siempre, se encargará del correo electrónico, el teléfono y las redes sociales.

Ella asintió.

—¿No se han encontrado sus efectos personales? ¿Monedero, móvil, la ropa que llevaba puesta...?

—Por ahora no ha aparecido nada.

—Hay que pedir el ordenador a la familia y conseguirme también el número de teléfono de Bettina para solicitar la lista de llamadas. Es posible que se comunicara con su asesino.

—Eso haremos. Larsen se encargará de hablar con los testigos y de tomar declaración a compañeros de trabajo, vecinos y a cualquiera que la conociera.

Jeppe contempló al equipo reunido en la sala, compuesto por agentes de su propio departamento, más refuerzos. Se les veía en la cara que estaban preparados para el primer trabajo intensivo del día, la búsqueda de testigos.

—Hay que ir puerta a puerta por todo Gammeltorv para identificar a posibles testigos. Tal vez a algún vecino insomne le diera por asomarse a la ventana a las 5.15 de la mañana.

Uno de los agentes alzó una mano gigantesca y asintió, haciendo saltar destellos de luz de su coronilla calva. Se llamaba Morten o Martin, o eso creía Jeppe. Era uno de los agentes jóvenes que se habían incorporado recientemente a la comisaría.

—Yo me encargo del puerta a puerta.

—Fenomenal. Darás parte directamente al detective Larsen.  
—Morten, o Martin, respondió con otro asentimiento de cabeza.

—También hay que investigar la bicicleta que hemos visto en la grabación de la cámara de seguridad. A ver si podemos identificar la marca, dónde se vende, si en los últimos meses se ha denunciado el robo de una bicicleta de estas características, etcétera.

Larsen levantó la mano, apresurado y ambicioso como siempre.

Jeppe ladeó la cabeza y miró a la comisaria, que estaba sentada en primera fila.

—Entiendo que te encargarás tú de informar a la prensa.

Los ojos inquisitivos de la comisaria se clavaron en los de Jeppe. La mujer llevaba mucho tiempo amenazando con jubilarse, pero, bajo el parecer de Jeppe, se encontraba más despierta y hábil que nunca, y estaba seguro de que aún aguantaría un par de años más.

A modo de respuesta, le mostró un pulgar alzado en un gesto muy juvenil. Para ella, las ruedas de prensa no eran más que una molestia insignificante; para Jeppe, en cambio, suponían un obstáculo casi insuperable.

Jeppe le dirigió una mirada de agradecimiento.

—¿Alguna otra pregunta? —Miró a su alrededor y se detuvo sobre el detective Falck, que tenía los ojos clavados en la mesa como si acabaran de pedirle algo imposible. Era un investigador algo mayor, cuyo bigote competía en grosor y canas con sus cejas. Su oronda barriga solía estar enmarcada por unos tirantes de colores, y su ritmo de acción, por lo general, tendía al de un caracol. Falck acababa de regresar de una baja por estrés y no parecía estar en plena forma precisamente.

Jeppe dio la reunión por concluida con una palmada sobre la mesa.

—¡Entonces, manos a la obra!

Los policías se levantaron y desfilaron hacia la puerta con sus cuadernos de notas y sus tazas de café vacías, al tiempo que hablaban entre ellos y acordaban formas de ponerse a trabajar. Sara Saidani y Thomas Larsen salieron juntos de la sala de reuniones mientras Larsen le ponía una mano en el hombro en un gesto de camaradería. Jeppe se tocó con la lengua la llaga que tenía en la parte interna del labio y apretó los dientes. Un minuto después, en la sala solo quedaban la comisaria y él.

Ella lo miró muy seria.

—Kørner, necesito que me digas que puedes liderar esta investigación. Que te ves capaz.

—¿Qué quieres decir? Si me has elegido tú.

La comisaria enarcó las cejas y elevó sus pesados párpados.

—No dudo de tu capacidad.

—Entonces, ¿por qué me lo preguntas?

—¡Tranquilo! Es solo que tengo un mal presentimiento con este caso. No será fácil explicárselo a la prensa ni aclararse con ellos. Y tú, además, sin tu compañera...

¡Así que era eso lo que le preocupaba! Que no estuviera a la altura de una investigación de ese nivel sin Anette Werner a su lado. Jeppe le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—¿Y si, sin Werner haciéndome la puñeta, resuelvo el caso antes?

La comisaria le dio una palmada en el hombro y salió de la sala de reuniones. No parecía muy convencida.